

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

La conservaduría política, sin careta

¿Quién, en las realidades fatales de la vida, no habrá pasado por el duro trance de perder un padre o una madre, un hijo o un consorte? Indudablemente, nadie. Pues bien: yo te pregunto, quien quiera que seas, el que por tales lances pasastes: ¿cuál, en aquellos horribles momentos, fué para tí el más insostenible, el en que más sufriste, el en que la vida se te hacia menos llevadera y más amarga?

Reflexiona un poco en ello, si antes alguna vez no lo hiciste, y date a tí mismo la contestación.

¿Lo reflexionaste bien? ¿Y qué me dices? ¿No es verdad, sin que haya temor de errar, ni peligro de equivocarse, que se puede afirmar, que los momentos más amargos y duros fueron los de la agonía; y tanto más duros y amargos, cuanto ésta más se prolongaras? Indudablemente que sí.

Pues durante la enfermedad, por grave y aguda que sea; por molesta y dolorosa que se haga, siempre queda la esperanza de la mejoría, de la curación, o por lo menos, del alivio y de la vida. Y aun en la muerte, a pesar y en medio de su fatalidad; y aun prescindiendo de los consuelos de nuestra Religión bendita, y sin tener presente la esperanza y la dicha de los consuelos eternos; aún hay algo que mitigue el dolor: pues no se ve sufrir al ser querido; y de grado o por fuerza hemos de bajar la cabeza, ante el cumplimiento universal, necesario e inexorable de aquella sentencia: *«necessarium est semel mori»*: es necesario morir una vez.

Mas en la agonía, ¿qué consuelo hay? Absolutamente ninguno. No los de la enfermedad, porque ya en ella, se puede decir con el Dante. ¡Lasuate omni speranza! Se ha perdido toda esperanza: y los dolores y tormentos se han

agudizado al extremo de consumir al enfermo: que si por su insensibilidad o estupor no revela el sufrimiento; en cambio el cuadro que presenta tortura y despedaza el corazón y el alma de sus deudos y sus amigos.

No hay tampoco en la agonía los consuelos de la muerte. Son los momentos terribles, en que han de separarse el alma y el cuerpo, que siempre y en todo formaron un uno; son las horas en que el ser de hoy, no será mañana; y el ser de mañana, será eterno; es el instante, en que las esperanzas de ayer se fugaron, y los consuelos del mañana no han llegado; es la incertidumbre que atormenta, la duda que intranquiliza, la inquietud que no permité descanso; y la zozobra o el remordimiento tal vez que corren y dislaceran el alma.

Y todo esto, cuando el ser querido está luchando entre la vida y la muerte; entre el horror de los sufrimientos, sin consuelo humano posible; con la pena y el dolor que le suma la separación de lo que se deja, y el espanto y susto que le causa la incertidumbre del porvenir que le espera.

Y si algún padre o alguna madre; que no han arrancado de su corazón el amor purísimo que Dios cinceló con buril eterno en él, hacia el idolatrado hijo de sus encantos; quiere sentir con viveza y en toda su desnudez y fiereza los horrores inconcebibles de cuanto dejamos apuntado, recuerde algún caso, que tal vez no sea muy raro, igual o parecido al de que yo mismo fui testigo presencial; y cuyos protagonistas, todos, han muerto.

Luchaba una hija única, de tres años, bella y encantadora cual un ángel; y graciosa y pura, cual suelen ser a esa edad todos los niños, como el reir de la mañana; luchaba digo con las ansias de aire, con los esfuerzos por respirar, que le estorbaban, en su torneado cuello, las membranas del verdadero, fulminante e incurable *crup*. Y a tanto lle-

gaba su inquietud, su desasosiego, sus esfuerzos inútiles, y su desencajada mirada, que al fijarse desatentada y loca en sus padres, parecía como decirles: Y vosotros que tanto me queréis, y me veis sufrir de esta manera: ¿por qué no me quitáis esto? ¿Qué hacéis?

Y tanto y tan alto rayó el cuadro, especialmente por el horripilante silvido que producía el aire al pasar por aquella enroquecida garganta, que los padres, enamoradísimos, y con razón, de su hija única, pedía a Dios de rodillas, arrasados en lágrimas, con las manos cruzadas y crispadas, y sumidos en el más horrible de los dolores; que puesto que no había remedio, si era su voluntad, le enviase ya la muerte único bálsamo que podía apagar los tormentos de su hija, y los sin duda muy mayores, que desgarraban el corazón de los padres.

Esa es la agonía: ¿Está vivo el cuadro? pues esa es la realidad. Ahora bien: ¿a qué todo esto? ¿qué tiene que ver todo lo dicho, con lo que ostenta el epigrafe? Verdad es, que la pintura está clara; y sus colores son tan reales y vivos, que ni los velos ni las caretas los encubren. Están sus pinceladas gravadas en el alma; y para ésta, ni sirven velos ni valen caretas.

Pero insisto: ¿qué tiene que ver con todo esto, la conservaduría política; o más claro; que relación hay entre todo eso y la actuación de los conservadores en la política Española; sea cualquiera el matiz que tengan, o el tono a que se acople; puesto que hay varios? ¡Ah! Sencillísima y clara por demás es la respuesta; y aún más clara y palpable es la armonía, la conformidad que hay entre el título que nos encabeza y cuanto dejamos bosquejado.

¿Que cómo es eso? ¿Que dónde están la armonía y la conformidad tan decantadas? Oid. Tomad los cuadros exactamente

iguales: en uno, colocad cuanto dejamos dicho y dibujado; y en otro, poned de un lado, España y sus hijos; teniendo en cuenta, que entre ellos los hay buenos, legítimos y amantes de su madre; y los hay malos, expúres, desnaturalizados, baldón y deshonra del suelo que pisan; y poned de otro, los Gobiernos que durante tantísimos años nos rigen y nos rajan; sin excluir por supuesto el Gobierno cumbre que hoy nos des gobierna; y en el cual, unos se llaman conservadores; y todos conservan, en armonía con el liberalismo, el judaísmo y la masonería, el calor más o menos grande que tomaron, bajo la capa magna de la desamortización primero, y hoy por los negocios y chanchullos de noche base y más noche conciencia.

Ya con esto, aplicad los papeles y personajes del primer cuadro, al segundo: sin olvidar, a quien vais a asignar el papel de la enfermedad, su causa, mecanismo y desarrollo; y con ello, me habréis ahorrado un trabajo impropio, atroz; y que yo seguramente no sabía hacer tan bien ni con tanta viveza como muchos, muchísimos de vosotros: Pues si no lo habéis sufrido o estáis ya sufriendo, con todos sus horrores; no pasará mucho tiempo sin que a virtud de tantos errores y desaciertos como emanan de la actual, pasada y futura conservaduría política, se quede la España sana, la España honrada, la España verdadera, católica y tradicional, arrojada y para guardarse en conserva: pues ya está casi como el gallo de Merca, cacareando y sin plumas.

No nos es posible puntualizar, cual se debiera, algo de la más culminante y aplastante de esta materia, sin rebasar con mucho los límites debidos a un artículo periodístico. Lo aplazamos para tanto a otro u otros, según sea la necesidad o dé la musa.

J. M.